

como por ejemplo: ¿Habéis dejado de ser bandido? si se responde que sí el interpelado confiesa que lo fué, si se responde que no, declara que sigue siéndolo. La pregunta es doble y se divide así: ¿Habéis sido bandido? ¿Lo sois todavía? Bain cita aún el siguiente ejemplo. ¿Os habéis cortado los cuernos? si contestais que sí, se os replicará, entonces los teníais; y si respondéis que no, os dirán, luego los tenéis todavía.

En la enumeración que de los sofismas hacían los escolásticos incluían, como se ha visto, varios que son del dominio de la Lógica inductiva, como el de *non causa pro causa*, la enumeración imperfecta, la *fallacia per accidens*, y el paso de lo dicho simplemente á lo dicho según algo. Los otros pueden reducirse á la deducción, y para completar la lista de los sofismas deductivos habría que considerar aún los que violan las reglas del silogismo, principalmente la que prescribe distribuir el término medio una vez siquiera, y la que prohíbe dar á los términos extremos mayor extensión en la conclusión que la que se les ha dado en las premisas. Muchos escolásticos consideraban la falacia que consiste en la ambigüedad de los términos como una violación de la regla silogística, que ordena que los términos no sean más que tres, pues en caso de término medio ambiguo dichos términos serían cuatro. Con arreglo á este modo de ver llamaban á ésta falacia *quaternio terminorum*.

§ 3.—Bacon, el gran reformador del método filosófico, el acre y mordaz detractor de los antiguos, y particularmente de Aristóteles, el que con la mayor energía mostró lo incompleto de la deducción, proclamando la inducción, y mostrando de qué modo tan erróneo la comprendió el filósofo de Estagira, y que tiene por esto títulos bastantes para ser considerado como uno de los padres del método científico, se ocupó también de las falacias, presentando de ellas un cuadro notable, por lo vasto y lo vigoroso de la concepción, así como por lo pintoresco del lenguaje. No distinguió, más bien las confundió, las raíces psicológicas de las formas lógicas del sofisma; su clasificación adolece de vacíos notables, con todo es digna de conocerse, y por esta razón vamos á hacer una exposición suscita de ella, pues es uno de los ejemplares más curiosos que el pensamiento humano registra en sus fastos, y remeda un cuadro colosal de composición enorme y complexa, y de

detalles de ejecución admirablemente acabados, al lado de otros trazados con la mayor imperfección.

El Canciller estaba dotado de las facultades poéticas más estupendas, su terminología es verdaderamente gráfica, preñada de imágenes luminosas y vibrantes. Comenzó por dar á las falacias ó errores el nombre de ídolos ó falsas deidades, á las cuales nuestra mezquina razón suele adorar como si fuesen el verdadero Dios, y las dividió en cuatro grupos fundamentales: primero, *idola tribus*; segundo, *idola specus*; tercero, *idola fori*; cuarto, *idola theatri*.

El primer grupo comprende los ídolos de la tribu ó de la especie, *fundata in ipsa natura humana*, dice Bacon, fundados en la misma naturaleza del hombre, comprende, pues, este vastísimo grupo las tendencias sofisticas comunes al espíritu humano, á todos los individuos cualquiera que sea su nacionalidad, su raza, su educación y las circunstancias en que operen. Dice con profunda sabiduría el reformador inglés, que el hombre no es *la medida de las cosas*, *mensura rerum*, que nuestro intelecto, si bien es un espejo, es un espejo malo y de poco pulimento que desvía los rayos que caen sobre él, produciendo falsas imágenes.

Cita varios casos de estas flaquezas comunes á la naturaleza del hombre, siendo los ejemplos muy notables por lo exacto de la idea, y lo pintoresco de la imagen gráfica encerrada en la denominación.

Con el nombre de *idola ex aequalitate*, ó ídolos de igualdad, designa Bacon aquellas tendencias sofisticas que hemos referido más arriba al sentimiento estético, y que provienen de la propensión que nos induce á suponer que las cosas de la Naturaleza están regidas conforme á ciertas leyes de forma, proporción y armonía, que nuestro espíritu encuentra bellas. A tal impulso cedieron los antiguos, cuando admitieron que los cuerpos celestes se mueven describiendo círculos, porque siendo todo perfecto en los cielos, el movimiento debía efectuarse siguiendo un círculo, que se tenía por la más perfecta de las curvas. Cedieron al mismo impulso cuando admitieron el fuego entre los otros tres elementos, á fin de completar el quaternium ó emblema del número cuatro, número perfecto según Pitágoras. Fludd, entre los modernos cedió al mismo influjo, proclamando la perfección del diez, y admitiendo que

los elementos debían presentar en su peso una proporción décupla, es decir, el agua pesar diez veces más que el aire, y la tierra diez veces más que el agua.

Con el nombre de *ídola ab inquieto motu*, cita Bacon como manantiales comunes de falacias, la inquietud que engendra en nosotros el deseo de saber, y que nos induce á pretender conocer lo incognoscible, como la esencia de las cosas.

Con la denominación eminentemente poética de *ídola ab angustis* cita el gran Canciller aquellos manantiales de error que vienen de las pequeñeces de nuestro espíritu, que no pudiendo abarcarlo todo, prefiere reducir á sus estrechos límites la enorme Naturaleza. Siéndonos familiar la acción de la voluntad sobre los movimientos de nuestro cuerpo, imaginó el hombre que en la Naturaleza todos los fenómenos eran determinados por la acción de la voluntad. No pudiendo concebir la acción á distancia, fué negada y se formuló este pseudo-axioma: ningún cuerpo puede obrar donde no está.

En pocas ocasiones se abandonó más Bacon al vuelo de su poderosa fantasía, que en el grupo de tendencias sofisticas que llamó *ídola ab infusione affectuum*, que son los errores que provienen de las pasiones. Asienta esta sentencia altamente poética: el entendimiento no tiene los ojos secos, sino húmedos; lo cual significa que el espectáculo de la Naturaleza no nos deja impasibles, sino que puede conmovernos hasta hacernos derramar lágrimas, excitando en nosotros diferentes emociones, que se mezclan á nuestros juicios, alterándolos. Nuestra impaciencia y el ardor de nuestro temperamento hacen que desechemos lo que es difícil; lo insaciable de nuestros deseos, lo inmenso de nuestras aspiraciones da por resultado que nos parezca pálido y desabrido lo que tiende á mermarlas, *sobria quia coarctant spem* decía el poeta filósofo.

Denominaba *ídola ex preoccupatione* aquellos manantiales de sofismas, en que, poseídos y dominados por una idea fija, nada vemos fuera de nuestra obcecación, y con la denominación de *ídola ab incompetencia sensuum* estudiaba los errores de los sentidos.

Con el extraño, aunque muy significativo nombre, de ídolos de la caverna, *ídola specus*, fueron designados en el sistema de Bacon los manantiales de error que provienen de lo que es

peculiar á cada individuo, y que formaban la segunda de las grandes divisiones establecidas por el Canciller.

Se imaginaba Bacon al individuo encerrado en una caverna oscura, circunscrita por sus inclinaciones personales, por sus gustos y aficiones, por los límites y modo de ser de sus facultades.

Admitía como variantes del grupo las siguientes: *ídola ex predominantia*; consisten en que, por el predominio de una aptitud ó de una facultad determinada, se imprime á todas las operaciones del pensamiento el sello de esta aptitud especial, y no se considera aceptable sino lo que cae bajo el dominio de ella. El práctico desdeña las especulaciones puramente teóricas, juzgándolas sin provecho alguno; el hombre que cultiva la ciencia pura juzga estrechos los horizontes de la práctica, y califica sus miras de mezquinas; el poeta se horripila ante la aridez y sequedad de la frase científica, y ante la severa disciplina de su método; mientras que el sabio suele ver con el mayor desdén las creaciones poéticas, teniéndolas por ociosos devaneos de la fantasía: el matemático suele aplicar á las cuestiones más complexas los métodos que le son habituales.

Existen individuos en cuya inteligencia domina aquel modo de actividad del pensamiento que nos conduce á reconocer las semejanzas, el entendimiento de otros es más sutil y delicado para apreciar las diferencias, resulta de aquí que, propendiendo los primeros á poner en ejercicio la actividad que poseen en mayor grado, lleguen á abusar de la abstracción, generalizando con exceso; mientras que los segundos incurrirán á veces en divisiones y análisis tan minuciosos que degeneran en sutilezas, de aquí manantiales de error personal, ó *ídola specus*, que Bacon denominó *ídola ex excessu compositionis et divisionis*.

Con el nombre de *ídola ex studiis erga tempora* comprende Bacon aquellos manantiales de error que dependen de la afición del individuo á las novedades, ó de su aversión á ellas.

Los ídolos de la plaza pública, *ídola fori*, forman la tercera gran división fundamental del Canciller; son aquellos que dimanar del abuso del lenguaje, el asunto no estaba preparado en los días de Bacon para ser tratado con provecho. Locke lo hizo adelantar más tarde considerablemente. Razón de más para aplaudir la sagacidad del Canciller que juzgó capitales y

de primer orden tales errores. Admitía Bacon dos clases de nombres falaces, los de las cosas que no existen como *fortuna*, *primum movile*, etc., y los nombres mal definidos como lo húmedo, lo seco, etc.

Un crítico de Bacon califica de sutil y poco exacta la denominación de *idola fori* para los sofismas del lenguaje, so pretexto que no sólo se incurre en ellos en la plaza pública, sino también en las conversaciones diarias, en las escuelas y en los libros. Olvidó el crítico la tendencia dominante en Bacon á usar denominaciones de carácter metafórico. Es verdad que los errores dimanados de abusos de lenguaje se cometen en todas partes, pero en ninguna como en las arengas improvisadas en la plaza pública, lo cual á nuestro modo de ver justifica la denominación baconiana.

Poseído Bacon del más profundo desdén por los antiguos filósofos, los consideró como charlatanes ó personajes teatrales, que trataban de engañar representando un papel; de aquí provino que designara, sintiendo el mismo desdén por los filósofos de su tiempo, con la denominación de *idola theatri* á los errores que provienen de las opiniones filosóficas.

§ 4.—La reforma filosófica proclamada en Inglaterra por Bacon, lo fué en Francia por Descartes; tuvo este filósofo por discípulo entusiasta á Nicolás Malebranche que adoptó todas las consecuencias de su doctrina, extremándolas en ocasiones. Sobre otros espíritus ilustres, aunque influyeron mucho las ideas del reformador francés, produciéndoles principalmente desdén por la vieja filosofía, el influjo no llegó hasta formar sectarios, sino que, por el contrario, combatieron muchas consecuencias del cartesianismo; los solitarios de Port Royal se encontraron en este caso.

Vamos á dar á conocer como fué tratada la cuestión de clasificar los errores y sus causas bajo el influjo del cartesianismo, y á este efecto presentaremos la clasificación de Malebranche, cartesiano radical, y la de Port Royal, que representa un cartesianismo moderado é indirecto.

Malebranche, á fuer de subjetivo como su maestro, busca en el espíritu mismo, tanto el sello de la verdad, como el distintivo del error; no considera las formas lógicas de los sofismas, limitándose á considerar sus manantiales y raíces psicológicas.

Divide, pues, los errores en cinco grupos: el primero comprende los errores de los sentidos, principalmente la vista. La percepción sensorial nos engaña en lo que se refiere á la extensión, á la figura, al movimiento, pues en efecto, los datos sensoriales son los mismos, ya sea que los cuerpos se muevan permaneciendo en reposo nosotros, ya estando ellos en reposo y nosotros en movimiento; al que viaja en ferrocarril le parece que se mueve el paisaje, la humanidad creyó por muchos siglos que los astros se movían al derredor de la tierra. Los errores de percepción nos engañan también sobre las cualidades sensibles de las cosas, que estando en nosotros las referimos á las cosas.

Este es un punto muy importante de la doctrina cartesiana. Descartes distinguió en las sensaciones dos aspectos, uno subjetivo, la impresión causada en nuestro espíritu, y otro objetivo, la propiedad del cuerpo que nos causa esta impresión. Así, por ejemplo, en el calor se distingue fácilmente la sensación así llamada, y causada en nosotros por los cuerpos calientes, del agente físico del mismo nombre, cuyos diferentes grados producen la temperatura de los cuerpos.

Tratándose de la sensibilidad táctil no hay dificultad ninguna para comprender esta doctrina, mas cuando se trata de la percepción visual, el hecho se embrolla, sobre todo juzgado á la engañosa luz de ideas preconcebidas. Así, por ejemplo, la vista nos da datos para conocer la figura de los cuerpos ¿cómo puede ser esto? Demócrito discurrió para explicar el hecho la siguiente doctrina adoptada por los epicúreos, los cuerpos proyectan hacia nuestros ojos copias reducidísimas de su figura, las cuales fueron denominadas especies sensibles ó imágenes sensibles.

La distinción de Descartes anotada más arriba fué el primer paso encaminado á destruir tan extraño concepto, que más tarde el filósofo irlandés Berkeley debía desechar del todo, fundando la teoría idealista de la percepción.

El segundo grupo capital de la clasificación de Malebranche comprende los errores de la imaginación. Entre las subdivisiones de este grupo admite Malebranche una que es el alma de una preocupación vulgar, y que consiste en el influjo de la madre sobre la configuración física del niño. El vulgo en

efecto atribuye ciertas lesiones congénitas y vicios de conformación á la imaginación materna.

Malebranche estudia el influjo de la imaginación sobre toda la vida humana, aun desde antes del nacimiento, como cuando considera el influjo de la fantasía de la madre sobre la configuración corporal del niño que lleva en su seno. Después considera el influjo ejercido sobre el espíritu del niño de pocos años por la imaginación de la madre, de la nodriza, de los criados, sembrando tal influjo en su espíritu gérmenes de futuros errores sobre las cosas de la Naturaleza; considera asimismo el influjo que más tarde ejerce sobre el adolescente la imaginación de sus maestros.

Concluido el desarrollo, aunque sometido todavía el hombre al influjo de la imaginación ajena, obedece muy directamente á la propia, á la que imprimen un colorido especial el sexo, la edad, las costumbres, los extravíos, etc.; de aquí viene que estudie Malebranche en este capítulo los errores propios de la imaginación en la mujer, los que son propios de la imaginación del varón, los que produce la imaginación de los ancianos, los que provienen del influjo de la costumbre sobre la fantasía, los errores de imaginación á que están sujetos los estudiosos y eruditos, los errores de la misma clase de que presentan ejemplos personas muy sabias; errores tales consisten en prohijar y propagar asertos falsos abusando de la autoridad y experiencia conquistadas por el estudio, los extravíos de la imaginación que unas veces dependen de la intensidad de ella y de su predominio en el espíritu, cita Malebranche á este propósito á Tertuliano, Séneca y Montaigne, en capítulos verdaderamente notables; otras veces los extravíos de la imaginación sólo provienen de la pobreza del espíritu, como sucede con la creencia en brujas y hechiceros. Existen infelices, que no sabiendo á qué atribuir sus dolencias ó sus desventuras, imaginan estar sometidos al influjo de un ser que, por medio de un sortilegio, los ha hechizado.

El tercer capítulo del sistema de Malebranche comprende los errores del entendimiento, los cuales para ser presentados en forma gradual y en escala ascendente motivarían la enumeración siguiente: primero, la ignorancia ó falta de datos acerca de un asunto hacen que por medio de conjeturas se suplan aquéllos. El espíritu puede haber adquirido cono-

cimientos, pero estos influyen mal sobre él, ya por culpa de él mismo, como sucede con la deficiencia mental que llamamos falta de aplicación, en que por ligereza, flojedad de espíritu ó precipitación censurable, aplicamos mal lo que sabemos.

Otras veces los conocimientos nos son dañosos por la defectuosa forma en que los hemos adquirido, y que imprimen una mala dirección á nuestro entendimiento. Conforme al modo de discurrir de Malebranche esta mala dirección consistiría unas ocasiones en inducirnos á consagrar más atención á los objetos de los sentidos que á los del entendimiento, mientras que otras, por el contrario, tendería á hacernos abusar de la generalización y de la analogía. Un ejemplo de lo primero, tomado á doctrinas contemporáneas, sería suministrado por los sabios especialistas, que desdeñan cuanto no sean hechos de observación, y como ejemplo de lo segundo podría citarse el abuso del espíritu filosófico, que nos empuja á generalizar antes que los hechos nos hayan autorizado á ello.

El error culminante á que conducen las falacias del entendimiento, y es culminante porque vicia á los espíritus más selectos en sus especulaciones más elevadas, es denominado por Malebranche desproporción entre el espíritu finito y el infinito. Cita Malebranche como ejemplo de él: la dificultad en que nos hallamos de comprender que la materia sea divisible hasta lo infinito, y la imposibilidad (conforme á la metafísica de Malebranche) de negar esa cualidad. Colocándonos en el modo de ver de la filosofía contemporánea, esta fuente de errores consistiría en la tendencia, ya consignada en esta obra al tratar de las explicaciones engañosas é ilusorias, á pedir á la explicación algo más que una simple relación entre los hechos.

El cuarto de los grandes grupos de errores, que comprende el sistema de Malebranche, encierra los que proceden de las inclinaciones ó propensiones de nuestra mente; considera las siguientes: 1º, la inquietud y falta de fijeza de la voluntad, que nos hace pasar de un asunto á otro, sin fijarnos en ninguno, ni aprenderlos sólidamente; 2º, amor excesivo á la novedad, ó la aversión á ella; 3º, amor ó desamor á nosotros mismos; 4º, el amor á las riquezas; 5º, el amor al placer; 6º, la simpatía á los demás hombres que nos hace sufrir su influjo.

Tratando del amor á las riquezas, es muy notable el análisis que hace Malebranche de lo poco dados que son los ricos al cultivo del entendimiento. Dice que los ricos se desvían de la verdad, porque tienen poco tiempo que dedicar á su investigación, porque una ocupación tan árida y austera como esta les agrada poco, porque son poco capaces de fijar mucho tiempo su atención en un asunto dado, porque creen saberlo todo, porque en todo se les aplaude, y porque sólo se fijan en lo que afecta á los sentidos.

El quinto y último grupo del sistema que, con los manantiales de error forma el autor de la Investigación de la Verdad, comprende los errores que dimanar de las pasiones. Considera el amor, el odio, el deseo, la alegría, la tristeza; consagra un lugar aparte á la admiración que se siente, ya por sí mismo, ya por los demás, y estudia con detenimiento el influjo del cuerpo sobre el alma por medio de las pasiones.

§ 5.—La Lógica de Port Royal, escrita por Arnauld, es una de las más notables manifestaciones del cartesianismo considerado como método, así como la "Investigación de la Verdad" de N. Malebranche fué fruto de la misma reforma filosófica operando por su método y por su doctrina. El cartesianismo en su método sustituía el libre examen al principio de autoridad que había sido el alma de la escolástica, de aquí la propensión en todos los espíritus á sustituir las propias opiniones á las que la tradición había transmitido. Como el libre examen tenía como razón suprema la evidencia, todas las investigaciones y discursos están marcados de visible sello subjetivo.

Estos caracteres generales del cartesianismo nos explican bien lo que es peculiar á la Lógica de Port Royal, reina en ella cierto escepticismo fino y de buen gusto, que proviene de haber desconocido toda autoridad; con sobrada razón dijo un erudito que en esta Lógica se vislumbra ya el siglo XV III.

La sección que Arnauld consagra al estudio de los sofismas es el capítulo 20 de la tercera parte, es largo y escrito más bien con penetración y desenfado, que con rigor y precisión. El estudio es puramente subjetivo, aunque la clasificación que propone haya reconocido explícitamente el contraste ó diferencia entre lo objetivo y lo subjetivo, pues comienza por dividir los malos rociocinios que se cometen en la vida civil y en

los discursos ordinarios, que es el nombre que da á los sofismas, en dos categorías: "en una, dice, la causa es interior y consiste en el desarreglo de la voluntad, que perturba y trastorna el juicio; en la otra la causa es exterior, y reside en los objetos que se consideran, y que engañan nuestro espíritu por sus falsas apariencias." Luego agrega con supremo acierto: "aunque estas causas obren siempre juntas, hay, sin embargo, ciertos errores en que domina la una más que la otra."

Entre los sofismas de causa interna ó subjetiva considera los que provienen del amor propio, del interés ó de la pasión, comenzando la exposición con esta sentencia notable. "Si se examina con cuidado á qué se debe que los hombres se adhieran á una opinión más que á otra, se encontrará que el vínculo no es la penetración de la verdad y la fuerza de las razones, sino alguna consideración de amor propio, de interés ó de pasión. . . . Juzgamos de las cosas, no por lo que en sí mismas son, sino por lo que nos afectan, á tal punto que la verdad y la utilidad llegan á ser una misma cosa para nosotros."

Estudia después las siguientes fuentes interiores de este grupo de sofismas: Primero, el interés que nos induce á creer cierto lo que favorece á nuestros intereses. Segundo, nuestros afectos, dice á este propósito: "¿Cuántas gentes hay que no son capaces de reconocer ninguna cualidad nueva, natural ó adquirida, en los que les inspiran aversión, ó que se han opuesto en algo á sus sentimientos, deseos ó intereses?" Tercero, el amor propio. Hablando de las personas que lo tienen muy marcado, dice Arnauld: "El defecto de estas personas proviene de que la alta opinión que tienen de sus luces les hace considerar todos sus pensamientos tan claros y evidentes, que juzgan que, con sólo enunciarlos todo el mundo se someterá á ellos; de aquí proviene que no se toman el trabajo de presentar pruebas, ni dan oído á las razones ajenas." Cuarto, reproches que hacemos á los demás, cuando ellos con la misma razón nos los pudieran hacer. Cita con este motivo esta sabia regla de San Agustín: *Omittamus ista communia, que dici ex utráque parte possunt, licet vere dici ex utráque parte non possint*; que traducido dice: Omitamos en la discusión estas reconven- ciones comunes, que pueden decirse por una y otra parte, sin que puedan ser ciertas á la vez. Quinto, el espíritu de contra-

dicción, y sexto, el espíritu contrario de complacencia adulatora que nos induce á aplaudir y á admirar todo.

Para los sofismas que nacen de los objetos mismos reconoce Arnauld los siguientes orígenes. Primero, la mezcla de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal, que hay en las cosas, lo cual nos induce á confundir estas cualidades opuestas. Las excelencias de una persona á quien queremos hace que disimulemos sus defectos, y al contrario, los defectos de las gentes que nos desagradan, exagerados por la antipatía, nos impiden ver sus cualidades.

Considera Arnauld como segunda fuente de errores los que provienen de la elocuencia: "porque, dice, es extraño con qué facilidad un razonamiento falso se desliza, sin que lo echemos de ver, detrás de un período que halaga nuestro oído, ó acompañando á una figura de retórica que nos fascina, y que nos entretenemos en considerar." Una tercera causa de errores es, en el sistema de Arnauld, la malevolencia con que juzgamos por falsas apariencias las acciones y las intenciones ajenas.

Otro grupo quedaría constituido por lo que hoy llamaríamos malas inducciones, en que de algunos casos particulares se concluye para todos los del mismo género: Existen mujeres ligeras, luego ninguna es juiciosa. La medicina no cura todas las enfermedades, luego no cura ninguna. Hay cosas oscuras y recónditas en que nos engañamos groseramente, luego esto mismo nos sucede siempre y estamos destinados á equivocarnos.

Una nueva tendencia sofística señalada por Arnauld consiste en que nos inclinamos á juzgar de los consejos sólo por los resultados que se obtienen, y en general, á juzgar el mérito de los hombres según la posición social que han conquistado. "Así es como juzga el mundo, dice Arnauld, y como siempre ha juzgado . . . pues no conociendo las verdaderas causas de las cosas, las sustituye con lo que sugiere el resultado de los acontecimientos, elogiando á los que se encumbran y censurando á los que no prosperan."

Pero no hay, según Arnauld, sofisma más grande que el que depende de la autoridad, sobre todo cuando se hace depender de circunstancias que no aumentan necesariamente el valor de un dictamen, como sucede con la edad, ó la cualidad moral

llamada gravedad ó seriedad; se dice fulano es un hombre serio, luego es inteligente y hábil. También suelen considerarse como autoridad á la riqueza y á la prosapia distinguida, con este motivo dice Arnauld: "No hay en verdad nadie que haga este raciocinio: Fulano tiene cien mil libras de renta, luego está en lo cierto; es de elevada alcurnia, luego debemos creer lo que nos dice. Zutano no tiene bienes de fortuna, luego se engaña; sin embargo, pasa algo parecido en la mente de casi todos los hombres, y que, sin que lo adviertan, arrastra su juicio."

#### CAPITULO VII.

### CLASIFICACION DE MILL Y LA QUE SE PROPONE PARA SUSTITUIRLA.

#### I

#### CLASIFICACIÓN DE MILL.

§ 1.—Del siglo XVII al primer tercio del XIX la ciencia había realizado estupendos progresos, sus métodos se habían ensanchado, definido y completado; sus doctrinas, extendiéndose á todas las categorías de fenómenos, podían servir de cimiento á una filosofía nueva; de sus métodos podía derivarse una lógica, no incompleta como la de la Escuela, que sólo considerase la deducción, sino completa y total que también la inducción abarcase.

A John Stuart Mill estaba reservada la gloria de escribir tal Lógica. El estudio de las apariencias lógicas de los sofismas debía progresar con el resto del material de la ciencia fundada por Aristóteles, y así sucedió en efecto. Mill presentó por la primera vez una clasificación completa y sistemática de las pruebas aparentes ó sofismas, que, sorprendiendo á la inteligencia y favoreciendo las tendencias falaces de nuestra mente, nos hacen incurrir en errores, contra los cuales la Lógica se ha empeñado en escudarnos.

Se ha visto por el bosquejo histórico trazado en el capítulo anterior cuán imperfectos fueron los sistemas de enumera-